

Ex. 1839 42-485
en 1.º de Oct. 91.

EMPEÑO DE HONRA

MONÓLOGO DRAMÁTICO

ORIGINAL Y EN PROSA

DE

PEDRO DE ALCALÁ-ZAMORA

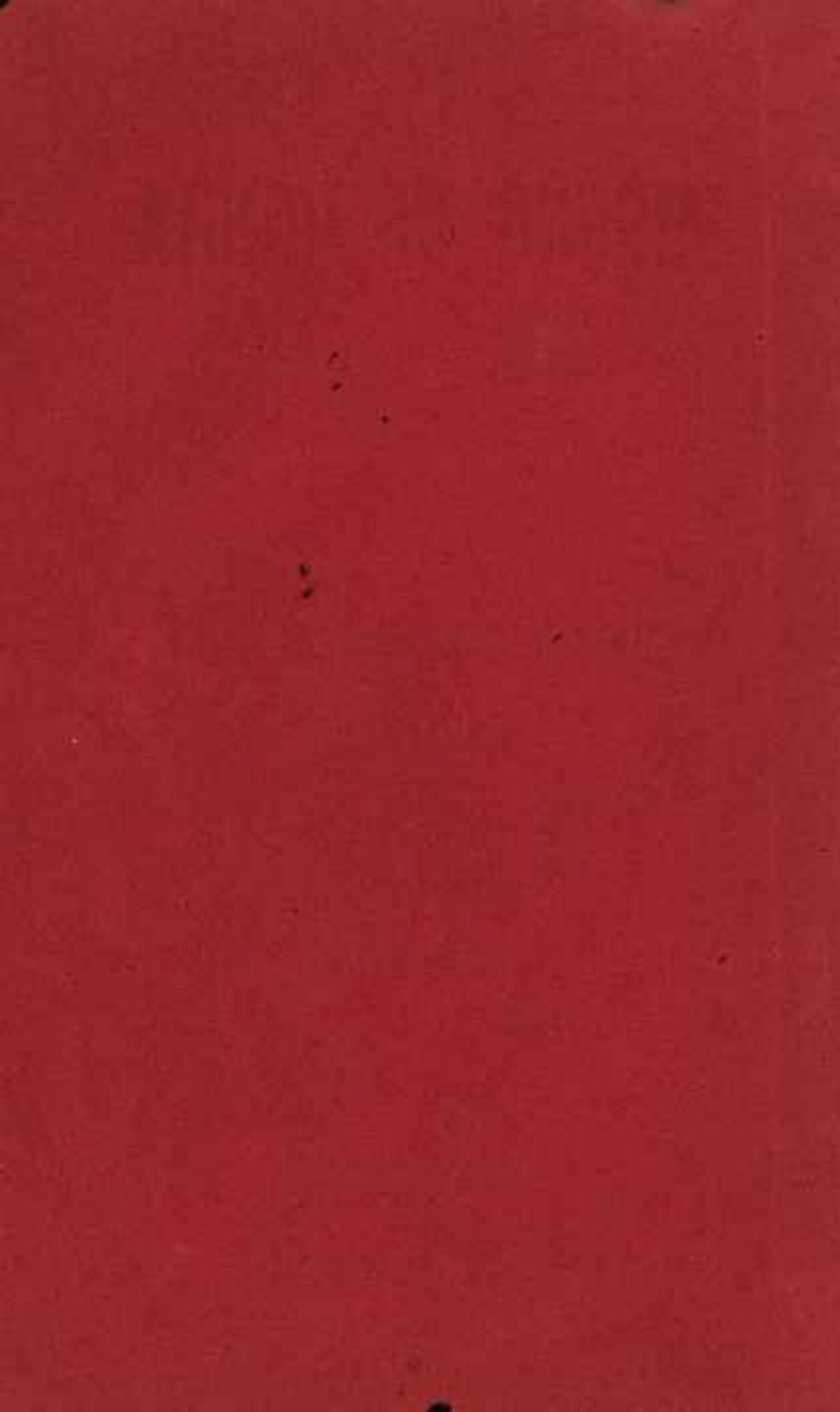


CORDOBA

Establecimiento tipográfico LA FORTANA

Calle de Herrerías, 15

1897



XIX

C13-31

EMPEÑO DE HONRA

MONÓLOGO DRAMÁTICO

ORIGINAL Y EN PROSA

DE

PEDRO DE ALCALÁ-ZAMORA

Estrenado en el Gran Teatro de Córdoba,

con éxito extraordinario, el 28 de Agosto de 1897

Pedro de Alcalá-Zamora

Des. de P. inf.



CÓRDOBA

Establecimiento tipográfico LA PURITANA

Duque de Hornachuelos, 13

1897

no 51.



*Al Excmo. Sr. Marqués de
Dos-Hermanas, en testimonio de fra-
ternal afecto.*

EL AUTOR

PERSONAJE

ACTOR

Julio. D. Julio Pellicer.

Esta obra es propiedad de su autor, sin cuyo permiso no podrá ser reimpresa ni representada en España y sus posesiones de Ultramar ni en los países con los cuales se haya celebrado ó se celebre en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DECORACIÓN

Gabinete amueblado con elegancia. A la izquierda, primer término, un aparato telefónico; á la derecha chimenea con espejo encima de la cornisa; puerta de entrada al fondo y una panoplia con armas de combate.

ESCENA ÚNICA

Al levantarse el telón aparece JULIO en la puerta, vestido con traje de sociedad, abrigo y sombrero, y mirando hacia dentro, como si hablara con un criado, dice:

—No necesito nada ni estoy para nadie, salvo para el marqués de Puente Alta y el vizconde del Cerro. Si vienen estos señores, que pasen inmediatamente, sea cual sea la hora, y que no aguarden un momento ¿entiendes?

(Entra y arroja encima de un mueble el abrigo y el sombrero.)

—¡Cómo oscuecen los ultrajes!

Reconozco que estuve inconveniente, terco, grosero quizá... Pero qué hacer. Cegar no hubiera sido decoroso. Bonito papel habría hecho... Luego, Carlos se mostró obstinado, y, sobre todo, me lanzó con tal altanería aquella frase: «retráctese Vd. Mendoza»; había tanto imperio en ella, que creí deber mío demostrar que soy hombre capaz de mantener lo dicho.

Carlos, entonces, descargó sobre mí la mano manchando este rostro, este rostro que jamás se inclinó ante nada ni ante nadie y de hoy más llevará el sello de la deshonra.

La impresión fué horrible. Una oleada de sangre invadió mi cerebro con tal ímpetu, que parecía que el cráneo, cediendo á su empuje, iba á saltar en fragmentos.

Impulsado por misteriosa é incontrastable fuerza, me abalancé á Carlos, rodeé con mis manos su cuello, y apreté, apreté como un insensato pretendiendo que saliera el alma, para arrojar luego á mis piés el cuerpo exánime de mi ofensor...

Pero había mucha gente en el *foyer*; acudieron algunos amigos; se acercaron muchos curiosos... Los primeros sacaron á Carlos de entre mis garras y los segundos aprobaron unos y otros censuraron mi conducta...

(Breve pausa.)

Restablecida la calma, cuando me hallé á solas con Puente Alta y el del Cerro, éstos trataron de invocar la amistad para venir á una solución satisfactoria. Imposible. El ultraje que he recibido sólo con sangre de su autor se lava.

(Breve pausa.)

Y suponiendo que mi magnanimidad hubiera triunfado ¿qué diría el mundo? ¿Qué juicio formaría de mí la sociedad que presencié el agravio? El honor lo exige, las leyes sociales lo mandan y es preciso, quiero matar á Carlos, dejar satisfecho al mundo realizando mi venganza.

(Pausa.)

Sin embargo, la venganza no se compadece con la hidalguía, en cuyo nombre quiero realizarla, ni con las leyes de esa misma sociedad á quien temo, ni con los preceptos divinos que he olvidado en mi cólera. Si pregunto á todos y á cada uno, me dirán que vengarse no es de almas nobles; más si admito el dictamen, si no pido reparación de la afrenta, mis propios consejeros, los de los sentimientos levantados, me despreciarán, y, con unanimidad digna de mejor causa, me harán blanco de sus desdenes y marcarán mi frente con el estigma de la deshonra...

¡Bah! ¡Qué me importa! Hay algo superior á cuanto se agita sobre la tierra pugnando por levantarse y manchándose más y más con su cieno; algo muy grande á cuyo influjo siento despertarse ideas que vuelan por encima de las miserias humanas.

(Pasea agitado. De pronto se detiene delante del espejo.)

He aquí la huella que en mi rostro dejó la mano de un hombre; roja, roja como la sangre que en la mejilla se agolpa, y sobre ella late y empuja, pugnando por salir para lavar la mancha.

¡Oh! No será mi sangre, será la de Carlos. Él lo ha querido; la fatalidad me arrastra.

(Se aleja del espejo.)

Mis testigos llevan instrucciones precisas; se impone la necesidad de ir al terreno; no hay arreglo posible. ¿Armas? Las que él quiera; me es igual; con las que elija he de matarle. ¿Sitio? Me es indiferente: en la sala de armas, en su casa, en la mía, en el campo... ¿Hora? Al rayar el día; cuando el

sol derrame fuego, que no ha de quemar como el que abrasa mi rostro; cuando la luna fulgure; cuando todo yazga envuelto en negras sombras... Sí, esto será lo mejor. El odio todo lo ve negro y rojo: en la obscuridad de la noche, la rojiza luz de las antorchas arrancará centellas de las hojas de acero, que silbarán como serpientes buscando el pecho para clavarse

¡Oh! No me temblará la mano, que impulsada por el rencor dirigirá golpes certeros.

¡Si le tuviera ahora frente á frente!

(Con ademán violento descuelga un sable de la panoplia y se pone en guardia.)

¡Defiéndete, miserable! ¡Para este golpe, que dejará eterno surco en tu mejilla!

(Tira los golpes según indica el monólogo.)

¿Lo ves? Heriste mi rostro y en el rostro te hiero. ¿Te ciega la sangre? También me cegó al sentir tu bofetada. El odio me desgarrá las entrañas y de una estocada quiero desgarrar las tuyas.

(Se tira á fondo.)

¡Ah! ¡Ya estoy vengado!

(Mira al lugar que debería ocupar el supuesto cadáver. De pronto levanta la cabeza sobrecogido.)

¿Qué? ¿Quién me llama homicida? ¿Que Carlos tiene madre? Mi honra exigía reparación y mi dolor acalla los gritos del dolor ajeno. Mato en defensa de mi honor... Sí, pero mato. Y la sociedad que no quería estrechar la mano del abofeteado estrechará la mano del homicida... Ley absurda. (PAUSA.) Más si mi conciencia la anatematiza ¿por qué la acata? ¿Soy, acaso, cobarde? Se necesita, quizá, más valor

para vencer una preocupación que para matar á un hombre? (Pausa.)

Mi sable, hiriendo de muerte á Carlos, de muerte hiere también á una pobre anciana que en éste cifra su ventura. La veo derramando lágrimas que brotan de su corazón destrozado, en tanto que de sus labios salen plegarias, que seguramente subirán al Cielo. Pero de aquella, alma, toda bondad y ternura, mezclada con las preces surge una maldición que caerá sobre la cabeza del homicida... Y el homicida soy yo; el que para probar su valor da la mayor prueba de cobardía cediendo á las exigencias del mundo; el que pospone lo eterno á lo efímero; el que convencido del temple de su alma y de la destreza de su brazo, no tiene fuerza para acallar su rencor ni energía para despreciar prejuicios.

He aquí el bien y el mal en lucha abierta; la soberbia batallando con la razón; el hombre queriendo ahogar á su conciencia.

(Suená el timbre del teléfono.)

La cuestión está resuelta.

(Indicando el aparato.)

Mis amigos me llaman para darme cuenta de lo concertado con los padrinos de Carlos. La suerte está echada.

(Se pone al teléfono.)

Sí, soy yo.—

x o o o o o

¿Quiere firmar un acta?

x o o x x o o o o o o o o

Justo. Y mi actitud decidida os ha impedido ceder.

.....
¡Y tan grave como fué la ofensa!

.....
Nada.

.....
(Haciéndose gran violencia.)

Decid á Carlos que le perdono.

.....
No discutamos, no decidme una palabra más; no procureis que rencor renazca.

.....
Sí, sin vacilar acepto todas sus explicaciones.

.....
No escucho réplicas.

(Se aleja del aparato)

Un instante más y mi heroica resolución cae por tierra como castillo de naipes. ¡Cuánta energía! ¡Oh! El verdadero valor no lo hubiera necesitado para batirme; lo he necesitado para realizar este duro sacrificio y ahora lo necesito más que nunca para afrontar las miradas de las gentes.

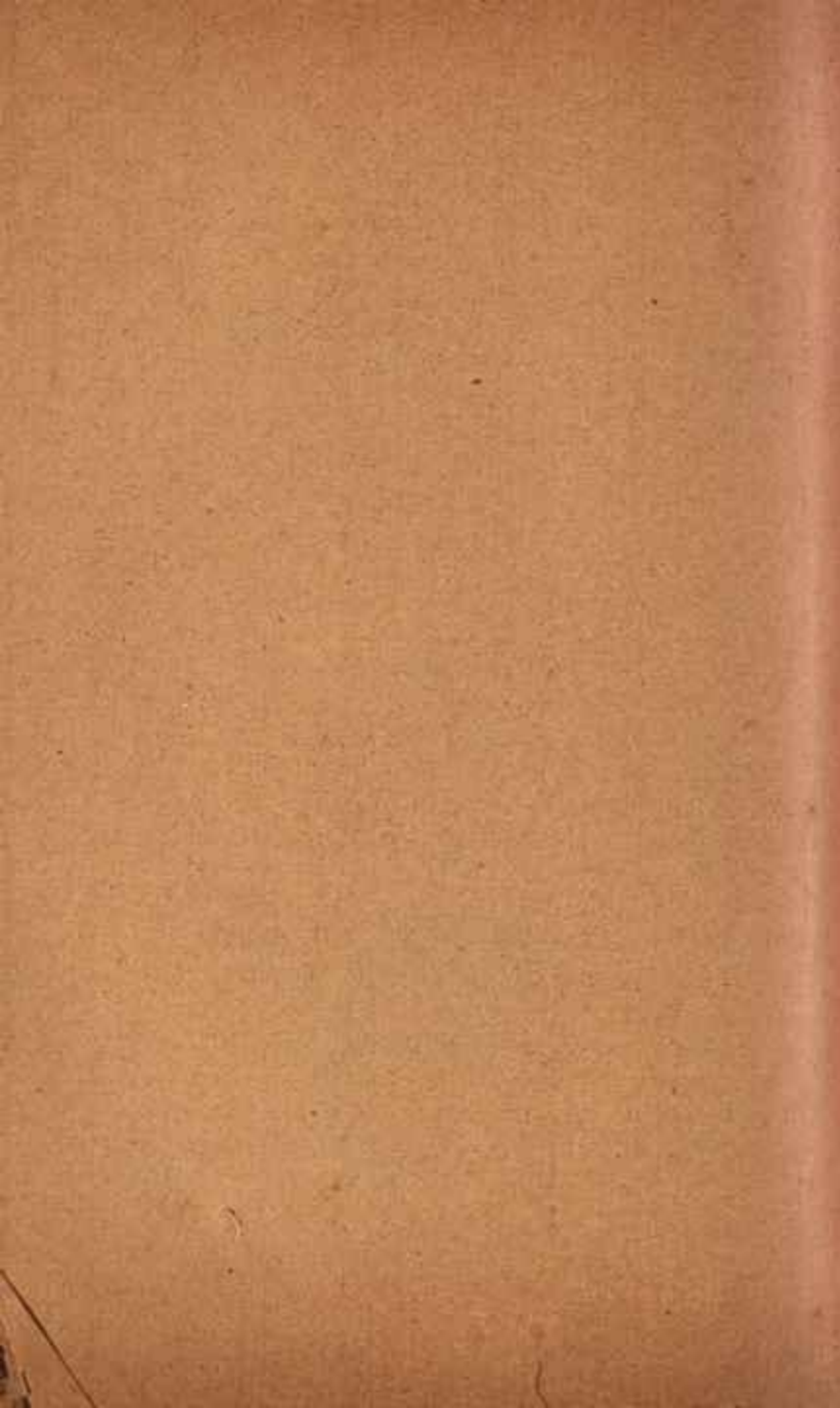
Carlos tiene una madre que le adora á la cual mi rencor iba á privar de las caricias de ese hijo que es su única dicha; pretendiendo lavar una mancha imaginaria iba á echar en mis manos otra real, imborrable: la de la sangre de mi adversario... He sido grande; he perdonado. Pero aun ruge en mi pecho el ultrage; aun conserva la huella mi mejilla... Y ahora tengo miedo, sí, miedo de que mi va-

lor decaiga al encontrarme frente á frente de ese mundo al cual he pretendido hacerme superior...

¡Ah! No, no es hora de vacilar. ¡Despliega tus energías, corazón cobarde! ¡Ahoga en grandeza las miserias que te agitan! Y tú, poderosa razón, que me impones tu ley, borra, borra de mi memoria el recuerdo del agravio! Quiero desafiar con la frente alta la pequeñez del mundo!

(TELÓN RÁPIDO.)





UNA PESETA